



ron la proa hácia Mediodía. No pudiendo, sin embargo, internarse en aquel mar, más por falta de arte que de valor, hubiera fracasado su empresa, si un furioso viento de la parte de tierra no los hubiese empujado hácia alta mar. Ya se consideraban perdidos cuando se aplacó el viento, y á la luz del alba vieron una isla situada en el meridiano de las Canarias, que por su inesperada salvacion llamaron Puerto Santo. Su posicion era sumamente amena, agradable su clima y muy francos sus habitantes, y movido por su descripcion, D. Enrique les dió otras tres naves cargadas de semillas y aperos para que fundasen una colonia.

Vaz y Zarco, que vivian en ella, veian de cuando en cuando en el horizonte una cosa oscura que no sabian lo que era y que cambiaba de forma; pero que estaba fija en el mismo punto. Propusieron ir á reconocerla y encontraron una isla bastante extensa; pero despojlada y cubierta de bosques, por lo cual la llamaron Madera. Acaso tenian antes noticia de ella, porque en 1344, huyendo el inglés Macham de la persecucion que le hacian los parientes de Ana Dorset con quien se habia casado, fué arrojado á aquella isla por la tempestad con sus compañeros y su mujer, y habiéndose alejado la nave permanecieron en ella. Ana murió y él espiró sobre su tumba; los compañeros plantaron en ella una cruz para que sirviese de recuerdo á aquella piadosa historia, y aventurándose despues al mar en un esquife improvisado, llegaron á Marruecos y desde allí á España. Aun suponiendo que la poesia hermosease este hecho, ó que acaso lo inventase, no cabe duda de que era conocida la isla de la Madera.

La colonia de Puerto Santo no prosperaba, porque los conejos que se llevaron llegaron á multiplicarse de tal modo que destruyeron toda la vegetacion. En aquella época, en la isla de la Madera, se prendió un fuego que duró por espacio de siete años, despues de los cuales se plantaron murgones de vid de Chipre y cañas de azúcar de Sicilia, que prosperaron mucho más de lo que era de esperar. El buen éxito de aquellas empresas sirvió de premio y estimuló á Enrique, y mientras otros se desanimaban con

los peligros que se ofrecian, él reanimaba los ánimos, recogia noticias, dibujaba mapas, escribia instrucciones para los navegantes y decia: *Dirigios hácia el Cabo Bojador. No lo paseis, pero estad á la mira y haréis algun descubrimiento; volveos despues atrás y principiaremos de nuevo hasta que podamos doblarle.*

Gil Yañes de Lagos, que marchó para seguir la costa de Africa hasta donde se creia que volvia hácia el Sur, dió la vuelta al formidable Cabo, pero cuando pensaba que al otro lado sólo hallaria tempestades irresistibles se encontró con un mar apacible y un agradable clima: esto sirvió para animar á nuevas tentativas.

En el derecho público de la edad media, era el papa considerado como señor supremo de las islas, y esta idea, sea cualquiera su procedencia, no se ponía en duda por nadie; así es que vemos á los Normandos ofrecer al pontífice la Sicilia y la Inglaterra que acaban de conquistar, y éste se las cedió; vemos tambien que Urbano II dió la Córcega al obispo de Pisa, y Adriano IV la Irlanda á Enrique II de Inglaterra. Con arreglo á esta doctrina, don Enrique pidió á Martin V la posesion de los descubrimientos que iba haciendo á sus expensas, y éste no solo hizo perpétua donacion á la corona de Portugal de todas las tierras que se hallasen entre el Cabo Bojador y las Indias Orientales, sino que concedió indulgencia plenaria á los que pereciesen en un viaje, que debia ganar para el cielo tantas almas, redimidas por medio del bautismo y civilizadas con el Evangelio.

Entónces se vió de nuevo el magnánimo ardor que llevaba á los cristianos á la Tierra Santa, uniéndose dos eficaces sentimientos, el amor á las empresas y la devocion. Don Enrique envió, por tanto, para que hiciesen nuevos descubrimientos á Antonio Gonzalez y á Nuño Tristan, los cuales, habiendo pasado ciento cincuenta leguas del Bojador hasta el Cabo Blanco, apresaron una docena de moros. Eran éstos personas principales de su país y ofrecieron un grueso rescate, así fué que al año siguiente fué enviado Gonzalez á devolverlos á su patria y recibió en cambio otros esclavos, muchos polvos de oro y preciosidades raras,



de donde se llamó Rio del Oro el brazo de mar donde surgieron las naves portuguesas. Con aquel oro acuñó Alonso V una bella moneda que llamó *cruzado*, de la cruzada publicada entónces por Calixto III y en la cual habia prometido tomar parte. Aquel metal fue el argumento que venció las razones que se oponian á las expediciones de Enrique, de tal suerte, que muchos particulares armaron naves por su propia cuenta para verificar otras expediciones; no se pensaba más que en un Nuevo Mundo habitado por otras gentes; se ensalzaban los admirables progresos de la navegacion y se ponía en duda la opinion que hasta entónces se habia tenido de que la zona tórrida era inhabilitable (1). En efecto, segun se iban descubriendo las tierras del Senegal, se iba viendo que eran fértiles y pobladas, y se destruian de dia en dia las barreras que se creian opuestas por la naturaleza á la extension de los descubrimientos.

Tristan habia encontrado la isla de Arguin y acaso algunas del Cabo Verde y visitado la costa hasta Sierra-Leona; posteriormente algunos habitantes de Lagos aprestaron con permiso del rey seis carabelas para explorar la costa de Guinea; pero agotadas las provisiones, tuvieron que volverse, llevando, sin embargo, muchos negros.

De todas partes, especialmente de Italia, iban muchos aventureros á presentarse á don Enrique; entre ellos fué Luis de Cadamosto, caballero veneciano. Visitó las Canarias y la Madera en union con don Vicente de Lagos, y dirigiéndose luégo al Cabo Blanco y á la Gambia, se unió á la vuelta con el genovés Antonio de Noli, que estaba explorando la costa por orden del principe. Fué leida con avidez la relacion que Cadamosto publicó de este viaje y de otro que hizo dos años despues, anotando las costumbres de todas partes y haciendo ver el rápido aumento del tráfico y de las colonias. En las Canarias y en la Madera se obtenian hasta setenta clases de semilla y producian

(1) Antonio Galateo (*De situ elementorum*) cita á un genovés llamado Jorge, que sostenia que se podia pasar la Línea.

una gran riqueza las viñas, el azúcar, la *orquilla* para la pintura y los pelos de cabra. Los moros de los desiertos que daban frente á la isla de Arguin frecuentaban el país de los negros y la Berbería, confinante con el Mediterraneo, viajando en caravanas de camellos cargados de plata, cobre y otros metales, que cambiaban en Tumbuctú por oro, malaquitas y simiente de cardamomo. Los arabes llevaban caballos, recibiendo por cada uno de ellos de doce á diez y ocho esclavos, que volvian á vender en Túnez ó en Arguin, donde los portugueses compraban anualmente de siete á ocho mil para comerciar en su patria, al paso que ántes solian robarlos en las costas y en el interior.

Supo Cadamosto que en Tegazza, á seis jornadas de Hoben, se sacaba mucha sal para llevarla á Tumbuctú y de allí al imperio negro de Melli, donde se cambiaba por oro. Visitó el Senegal y el Niger, que segun las opiniones sistematicas se creia que nacia, lo mismo que los demas rios de Asia, en el Paraiso terrenal. Aquellos jefes entre quienes habia penetrado la religion mahometana, acogieron como huésped al veneciano, el cual, luégo que pasó el Cabo Verde, y dirigiéndose hácia Mediodía, encontró comarcas muy amenas. El primer europeo que penetró en África por el Rio del Oro, fué Juan Fernandez, que en 1445 anduvo viajando por espacio de siete meses entre los nómadas del Sahara, dando una descripcion de aquel país un siglo ántes que Leon Africano.

Otras naciones en tanto se dedicaban tambien con los portugueses á los descubrimientos; el navegante flamenco Van-der-Berg, arrojado por los vientos á unas islas del Atlántico, distantes de Portugal doscientas cincuenta leguas y bajo la misma latitud, dió parte de que las habia encontrado á la córte de Portugal que las mandó ocupar y se llamaron Azores por los muchos azores que en ella se hallaron. Son nueve, divididas en tres grupos por un mar borrascoso; al Sur está la isla de San Miguel, que tiene por satélite á la de Santa María; al Oeste y al Norte Fayal, el Pico, San Jorge, Graciosa y Terceira; los dos islotes de Flores y Corvo están separados setenta leguas al Occidente. Se





dice están unidas por medio de escollos submarinos con Madera y Puerto Santo y también con el continente africano; por lo cual serían una prolongación de la cadena de Atlante y se formarían al mismo tiempo. Los más modernos clasifican las islas con el continente á que más se aproximan; así pues, los Azores están agregados á Europa. Tienen un clima saludable, pero abundan en ellas los violentos terremotos (1), terreno fértil, y hermosos valles donde crecen los frutos de los dos hemisferios.

En ellas puso D. Enrique, con licencia del rey Alonso, otras colonias, cual una vanguardia de la civilización europea y punto de expectativa y de esperanza, siendo los viajes que á ellas se hacían una escuela y ejercicio para hacer nuevos descubrimientos, hasta que reconocidas enteramente las costas de África y América cesaron de ser importantes y quedaron exclusivamente como colonias y puntos de provisiones.

Don Enrique continuó por espacio de cincuenta y dos años empleado en aumentar los conocimientos marítimos; todo su afán y las grandes riquezas que poseía como duque de Viseo y gran maestro de la Orden de Cristo, y si no consiguió lo que esperaba, ni se aproximaron sus naves al ecuador, abrieron el camino á las tentativas posteriores que cambiaron la faz de la navegación. Las contiendas con Castilla separaron á Alonso V de su noble intento, aunque cada vez se traía más oro de aquellas costas. Fernando Gomez tomó de él en ajuste el tráfico con la Guinea por quinientos ducados al año, además de la obligación de extender los descubrimientos quinientas leguas más allá. Con semejante privilegio se paralizaron los descubrimientos; pero Juan de Santarem y Pedro de Escalona pasaron el cabo de Sierra-Leona y renovaron en las costas de Gui-

(1) En 1591 duró el terremoto con gran violencia por espacio de doce días: en 1720 en medio de terribles sacudimientos, apareció una isla cerca de la Terceira y luego otra, y lanzaban humo y escoria; en 1811, cerca de San Miguel, apareció otra de una lengua de circunferencia y de cien pies de alto; después todas se abismaron de nuevo.

nea el comercio del oro, que ya se había practicado, según dicen, un siglo antes por los comerciantes de Dieppe y de Ruan.

En aquella época fueron descubiertas las islas de Fernando Pó, Príncipe, Santo Tomás y Annobon, distantes apenas grado y medio del ecuador, de modo que cuando murió D. Alonso los portugueses conocían ya toda la costa de Guinea con las bahías de Benin y Biafra, las islas y hasta el confín septentrional del reino del Congo.

Juan II dió nuevo impulso á los descubrimientos, porque mientras era infante sacaba sus rentas del producto del tráfico con la Guinea y del oro extraído del puerto de Mina. Consultó á los sabios, y sus dos médicos Rodrigo y el hebreo José, astrónomo de gran fama, se reunieron con Martin Behain, intrépido viajero y llegaron á aplicar á la navegación el astrolabio, por cuyo medio conocían las latitudes en vista de la altura del sol. Ya se halla la navegación fuera de la dependencia de la tierra y llena de audacia ante la inmensidad de los mares, está segura de poder, cuando le parezca, reconocer la posición de las naves y hacerlas volver de donde salieron (1).

D. Juan fundó en Mina una fortaleza y una iglesia, enviando las materias y una gruesa escuadra, capitaneada por D. Diego de Azambuga, que habiendo desembarcado con su gente, llevando las armas escondidas, plantaron á la sombra de un gran árbol un altar y la bandera portuguesa, y celebraron misa y dijeron sus oraciones. Allí fué á visitarlos con gran pompa y aparato de fuerza, Camaranza, jefe de los negros, á quien Azambuga presentó regalos con la petición de fundar un establecimiento; pero le costó mucho trabajo vencer la justa desconfianza y las supersticiosas precauciones

(1) Macedo, *Memoria sobre as verdadeiras épocas em que principiaron as nossas navegações*. Lisboa, 1835.

*Índice chronologico das navegações, viagens, descobrimientos e conquistas dos portugueses nos paizes ultramarinos desde o principio de seculo XV; del patriarcha di Lisboa*. Lisboa, 1841, en 8.º En otra memoria de 1844 quiere quitar á los árabes la gloria del descubrimiento de las Canarias. *Mem. en que se pretende provar que os arabes nao bonhecerao as Canarias antes dos portugueses*.



de los negros. Sin embargo, puso manos á la obra y en breve quedó construido el fuerte de San Jorge de Mina.

Esta fortaleza afirmaba las conquistas africanas y facilitaba el paso á la India, así es que D. Juan tomó el título de señor de la Guinea, y pidió al papa la confirmación de las concesiones hechas á D. Enrique, y el papa se lo concedió, prohibiendo á las demás naciones cristianas introducirse en las posesiones de Portugal. Estaba tan generalmente admitida en tales asuntos la autoridad del pontífice, que Eduardo III de Inglaterra, informado de ella por el rey de Portugal, hizo que los navegantes ingleses que se dirigían á África, desistiesen de sus empresas. Los portugueses levantaban donde quiera que llegaban cruces de piedra con las armas del reino, y el nombre del rey y del descubridor, y el tiempo en que se verificaba, para manifestar que había tomado posesión del país.

El último descubrimiento del tiempo de D. Juan, fué el del Cabo de Santa Catalina por Diego Cano, que llegó al río Zairo ó Congo, y subiendo por él, encontró unos negros gobernados por un rey que tenía su corte en Banza, llamada posteriormente San Salvador, y habiéndose los atraído por medio de regalos, llevó cuatro á Portugal, adonde los instruyeron y sirvieron de intérpretes. Eran de ingenio claro, y en breve aprendieron la lengua portuguesa é informaron de su país al rey, que colmándolos de presentes, los envió á su patria para que invitasen á su príncipe á abrazar la fe cristiana. Este acogió favorablemente á Cano, y con él mandó al rey de Portugal uno de sus súbditos, que fué bautizado con el nombre de Juan Silva, siendo su padrino los reyes. El rey de Benin, á quien Juan II envió de embajador al célebre Zacuto, había pedido misioneros, que aunque contra su gusto, bautizaron á muchos negros.

Grande admiración causó á los portugueses el oír los que volvían, qué constelaciones había en el cielo del otro hemisferio, y que el África en lugar de extenderse según creía Tolomeo, hacia una curva hácia Oriente. Entonces dedujeron que el África terminaba en punta,

y que dando la vuelta á ésta, se podía ir á las Indias. Pero ¿no había que temer nuevos peligros? ¿No dejaría acaso la brújula de mirar al Polo Norte y desaparecería el medio de orientarse en un mar desconocido?

Supieron por medio de aquellos negros que á veinte lunas, es decir, á doscientas cincuenta leguas al Este de Benin, estaba el poderoso rey Ogane, tenido en gran veneración entre los jefes idólatras; todos los reyes al subir al trono de Benin, le enviaban un rico presente para que les confirmase en la herencia, y aquél les volvía en cambio un cetro, una especie de celada de cobre y un collar de lo mismo; insignias que á los ojos del vulgo hacían legítimo al príncipe. Ogane no era nunca visto de los embajadores; sólo al despedirse divisaban un pié que asomaba entre la cortina de seda, detrás de la cual estaba, y después de haberle saludado, recibían unas cruces.

Su nombre, su grandeza y aquellas cruces hacían creer que era el Presta Juan, rey cristiano de dudosa existencia, y á quien todos los viajeros han marcado diferente país. Rubruquis le había colocado entre los Mogoles, Juan de Carpi en la India, otros en Etiopía ó en cualquier parte donde hallaban huellas del cristianismo en medio de las poblaciones bárbaras. Los portugueses creyeron que hacía largo tiempo que reinaba en África, y D. Pedro se propuso cuando fué regente, enviar á descubrir su residencia y solicitar su amistad. Entonces quedó sin efecto aquella idea; pero otras nuevas noticias que se recibieron, indujeron á hacer indagaciones posteriores, y el rey encargó al franciscano Antonio de Lisboa que pasase á la India por la Palestina y el Egipto, y procurase descubrir el misterioso Preste. Como ignoraba el árabe no pudo proseguir su viaje; pero el rey Juan se obstinó en saber el paradero de aquel Preste Juan, cuya alianza le sería tan útil, y comisionó al valiente Pedro de Covilham y á Alonso de Payva para que penetrasen en la India por tierra.

Se reunieron á una caravana árabe de Fez y Tremecen, y llegaron al monte Sinai, reuniendo noticias respecto del tráfico de las Indias: se separaron en el puerto de Aden en





Arabia, y Payva pasó á la Abisinia, mientras el otro siguió hácia la India, como precursor de los europeos en aquellos mares, donde en breve debían desplegar su poder. Después de haber visitado á Calicut, Cananor y Goa, pasó por mar á Sofala en África, para ver las minas del oro, y allí tuvo las primeras noticias de la isla de la Luna, que luego se llamó Madagascar. Habiendo sabido por medio de los hebreos, que Payva había sido asesinado en el Cairo, resolvió dedicarse á buscar el Preste Juan. El negusc de Etiopía le acogió con atención, y enamorado de su ingenio, determinó tenerle consigo toda la vida, y le enriqueció dándole uno de los primeros empleos, así es que Covilham se quedó allí. Veintitres años después, Rodrigo de Lima, que iba encargado de una embajada, le encontró vivo todavía, suspirando por su patria á la cual no volvió á ver. Lo que se hizo fué enviar frecuentes informes al rey de Portugal, asegurándole que continuando las naves por la costa occidental de África hacia el Sud, llegarían al extremo de de aquel continente, y que cuando llegasen á él viajarían en el Océano Oriental hácia Sofala y la isla de la Luna. El paso del Cabo era seguro; todo consistía en llevarlo á efecto, y con este fin se envió una escuadra mandada por el caballero Bartolomé Díaz.

Avanzó ciento veinte leguas más que los navegantes sus predecesores, y plantó la cruz dos grados más allá del trópico meridional; luego, lanzándose con gran valor hácia Mediodía, perdió de vista la tierra y fué arrojado por los vientos en una bahía que por sus numerosos ganados la llamó *de los vaqueros*, cuarenta leguas al Oriente del último cabo de África. Hubiera deseado Díaz dar la vuelta á éste, pero no advirtió que allí terminaba el continente, y continuó bogando hácia Oriente, hasta no sé qué isla de Santa Cruz. De cuando en cuando enviaba á tierra á alguno de los negros que llevaba consigo para captarse la benevolencia de los naturales, hacer cambios y preguntar por el preste Juan; pero nada podían saber de aquellos salvajes feroces. Al llegar á la bahía de Lagoa se perdió la nave de las provisiones, y viéndose reducido al último extremo, se al-

rotaron los marineros y pidieron que volviesen atrás; pero persuadido Díaz de que el fin de África no podía estar lejos, les exhortó á que continuasen aún veinticinco leguas. Figurémosnos cuál sería su alegría y admiración cuando advirtieron que habían pasado el Cabo que buscaban. Llenos de satisfacción volvieron á Lisboa, después de haber explorado trescientas leguas de costa, y dieron cuenta exactamente de la posición del Cabo. Por las horribles tempestades que en él se agitan le habían llamado *de las Tormentas*; pero el rey dijo: *No quiero que conserve un nombre de tan mal agüero; llámese de Buena Esperanza*.

Estaba, pues, resuelto el gran problema; eran conocidos los contornos de Africa y había renacido la esperanza de llegar á las Indias por aquel camino. Pero faltaba quien se atreviese á lanzarse en aquellos mares desconocidos, hasta que se ofreció al rey Manuel el caballero Vasco de Gama, cuya pericia en la navegación era igual á su prudencia y valor. Dirigió su rumbo con tres naves y sesenta hombres á las islas del Cabo Verde, y dejándolas después atrás, marchó á Mediodía hasta que atracó en la bahía de Santa Elena (1) al Norte del Cabo, á cuya punta llegó en tres días. Se le presentó allí, no el espectro imaginado por Camoens, sino los indomables vientos del Sudeste que soplan durante el verano, y le empujaban con tal violencia, que tuvo necesidad de echar mano de toda su prudencia para aquietar á la chusma alborotada. Lo consiguió sin embargo; en la isla de Santa Cruz encontró las últimas señales de Díaz, y se vió que las costas de Africa se doblaban por el Septentrion. Nunca se separaba mucho de la tierra para regirse por las indicaciones y las cartas que le dió Covilham, y frecuentemente se dedicaba á explorar las costas; pasó por Sofala y echó finalmente el áncora delante de Mozambique.

Esta ciudad estaba gobernada por un príncipe mahometano y era habitada por moros y árabes, que celosos de la inesperada concurrencia de cristianos, buscaban los medios de

(1) No hablamos de la isla, que no fué descubierta hasta 1502, por Juan de Nova.



perderlos. Para evitar sus asechanzas Vasco prosiguió hácia Chiloa, guiado por un piloto del país; pero combatido por las corrientes, se dirigió á Mombaza donde fué recibido por los mulsumanes con el mismo encono, viéndose precisado á parar á Melinda. Su rey lo recibió con atención y sus habitantes sin recelo, encontrando varias naves de la India y algunos cristianos que les suministraron muy oportunas noticias. Aquel rey le dió para que le sirviera de piloto á Malemo Cano de Guzzerate, muy práctico en aquellas aguas, el cual al ver el astrolabio con que los portugueses observaban la altura del sol en el Meridiano, dijo que se usaba también en el Mar Rojo.

Llegaron en veintitres días á Calicut la ciudad más rica y comercial de la India, gobernada por un zamorin que hizo á Gama los honores que acostumbraban dar á los embajadores de los príncipes más poderosos. Las continuas asechanzas de los musulmanes hicieron desconfiados á los portugueses; pero Vasco, á pesar de ellos, quiso presentarse á la corte dando instrucciones á su hermano acerca del modo con que debía obrar en caso de que le matasen. Y saltando á tierra con doce de los más resueltos, atravesó á Calicut en medio de un inmenso número de curiosos, y llegó á la casa de campo del zamorin, que se hallaba á unas cinco millas de distancia. Al principio recibió atenciones y esperanzas; pero luego se apoderó de él la des-

confianza, aumentada con la escasez de los presentes, y pensó sorprender la escuadra. Aunque la corte se le declaró en contra, Vasco supo con su intrepidez y prudencia inspirarla respeto y convencerla de las ventajas que le reportaría un tratado con los portugueses. Habiendo conseguido por este medio volver á su nave, levó anclas apresuradamente y corrió á Europa á anunciar su descubrimiento, á los dos años de su marcha. El rey en su alegría le tituló señor de la navegación, de la conquista y del comercio de Etiopía, de Persia y de las Indias (1).

(1) Una de las obras más importantes para la crítica de los autores que trataron de los descubrimientos es «Recherches sur la priorité de la découverte des pays situés sur la côte occidentale d'Afrique au de là du cap Bojador; et sur les progrès de la science géographique, après les navigations des Portugais au XV siècle, par M. le vicomte de Santarem.» Paris 1842. Examinando con atención, tanto nuestros escritores como los orientales, y especialmente los mapas, se ve que antes que Colon nadie se había figurado que se pudiese llegar á tierras occidentales atravesando el Atlántico, y que antes que los portugueses tampoco había dado nadie vuelta al cabo Bojador; hasta después de haberse verificado, no pusieron los cosmógrafos en los mapas los nuevos países; pero todos han conservado los nombres hidrográficos portugueses. Esta idea es acaso demasiado absoluta; pero son muy preciosas sus investigaciones y el atlas de mapas, portulanos y mapa-mundis, inéditos en su mayor parte y hechos en los siglos VI al XV que presentan los términos de comparación de los adelantos de la ciencia, más bien que la misma historia.